Elogios de lo cotidiano

Juan Carlos Yáñez Velazco

Juan Carlos Yáñez Velazco

Nació en Quesería, Colima. Licenciado en Educación Superior por la Universidad de Colima y doctor en Pedagogía por la UNAM.

Es miembro del Seminario de Cultura Mexicana corresponsalía Colima. Miembro del Comité Editorial en español de la revista internacional *Archivos analíticos de políticas educativas*. Es director general del INEE en Colima y asesor de Rectoría de la Universidad de Colima.

Sus artículos aparecen en diversos medios mexicanos y en *El Diario de la Educación* de España.

Ha publicado los siguientes libros: *Figuras y paisajes de la educación* (Universidad de Colima, 2011), *Aprendiendo a enseñar. Los caminos de la docencia* (Universidad de Colima, 2013), *Las escuelas: desolación y encanto* (Puertabierta Editores, 2014), *Nuevas figuras, otros paisajes de la educación* (Puertabierta Editores, 2015) y *La escuela que soñamos* (Puertabierta Editores, 2016).

Elogios de lo cotidiano

Elogios de lo cotidiano

Juan Carlos Yáñez Velazco

PUERTABIERTA
EDITORES

Elogios de lo cotidiano
Primera edición, 2018

© **Juan Carlos Yáñez Velazco**

D.R. © **Puertabierta Editores, S. A. de C. V.**
Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.
Tel. (312) 312 11 33, *www.puertabierta.com.mx*

ISBN: 978-607-8640-03-4

Ilustración de portada e interiores: Gil Garea
Diseño Editorial: Ana Martínez Alcaraz
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Recuerdo, luego existo

Georges Perec (París, 1936-1982) escribió *Me acuerdo*, compilación de 480 breves evocaciones de su vida entre los 10 y los 25 años. Mezclan cine, literatura, música, revistas, artistas, automóviles, ciudades, militares, políticos. La mayor parte, completos; otros, mutilados por la desmemoria.

El principio, afirma, es bastante sencillo: "intentar sacar a la luz un recuerdo casi olvidado, no esencial, banal, común, si no a todos, por lo menos a muchos".

Son un collage de instantáneas para leerse con una taza de café, porque desatan sensaciones tranquilizadoras. O con una copa de vino tinto, que desencadena la libertad de recordar, es decir, de volver a pasar por el corazón.

Al final del volumen, publicado en 1978, el editor, por deseo de Perec, incluyó un puñado de hojas en blanco para que los lectores sumáramos los propios "me acuerdo". Los que siguen, son mis "me acuerdo", desempolvados por el hombre que hurga en el baúl de la memoria.

En *Elogios de lo cotidiano*, el principio es idéntico al de Perec, aunque su pretensión más modesta. Estos traen recuerdos íntimos, brevísimos relatos de lo *infraordinario*, otro libro del escritor francés.

Ojalá inspiren emoción a quienes tuvieron la fortuna de vivirlos o el infortunio de atestiguarlos. Es probable, también, que sean solo delirios de la larga y cálida noche que los parió en mayo de 2018.

Escribir es tratar meticulosamente de retener algo, de hacer que algo de todo esto sobreviva: arrancar algunos pedazos precisos al vacío que se forma, dejar, en alguna parte, un surco, una huella, una marca o un par de signos.

Georges Perec, *Especies de espacios*

Lecciones de mi madre

Mi madre estudió pocos años en la escuela, pero tuvo alguna suerte de clarividencia. Se adelantó a su tiempo. Alguna vez le preguntaron: ¿Rosa, por qué no firmas con el "de Yáñez", Rosa Velasco de Yáñez? La miré desde abajo al contestar; su respuesta, un dardo: *porque no soy de Carlos*. Carlos es mi padre, no su dueño.

Rosa Velasco Cervantes es su nombre completo. Mi apellido mutó por una mala jugada (o ignorancia) de la secretaria en el Registro Civil. Su Velasco se convirtió en mi Velazco.

Firmé los primeros años de la escuela "Velasco", como mi madre. En la escuela secundaria, en tercer año mi boleta de calificaciones tenía un error, pensé, porque decía "Velazco". Intrigado, fui al acta de nacimiento. ¡Era mi apellido oficial! Pregunté y me dijeron que sí, era posible corregir el error, pero había que hacer un juicio. Sin dinero ni quise molestar a mis padres. Volví

a nacer. Ese día ensayé en tres hojas de un cuaderno forma italiana la firma nueva con la Z en su lugar. No me equivoqué jamás.

Los errores también tienen historia en el apellido paterno. Mi abuelo se llamaba Antonio Yáñez Centeno Pérez. Don Toño, *mi nino*, se arrancó el Centeno.

Muchos años después, probablemente para el registro de uno de mis hijos, revisando el acta de nacimiento de mi padre, encontré otra sorpresa: su apellido no era el que yo juraba, sino Carlos Yáñez C. Ibarra.

La historia de mi nombre, hasta ahí, es un trabalenguas: Juan Carlos Yáñez Centeno Velasco. Juan Carlos Yáñez C. Velasco. Juan Carlos Yáñez Centeno Velazco. Juan Carlos Yáñez Velazco. *Juancabrón*, para mamá iracunda.

Mi madre me enseñó a escribir en hojas blancas, quiero decir, sin rayas. La lección está grabada. Fue maestra sin estridencias. Ahora puedo escribir en hojas en

blanco sin dificultades, acostado o en movimiento, como si las líneas que ella trazó permanecieran indelebles.

A principios de la década de 1990, cuando publiqué un artículo en la revista *Barro nuevo*, que todavía conservo, jubiloso la llevé a presumir a mamá. Ella la tomó, leyó rápido y me la regresó enfadada: ¿no tienes madre?, preguntó. Había firmado: Juan Carlos Yáñez. Desde entonces, no firmó artículos solo con el apellido paterno. Hasta hoy.

Allí donde todo comenzó

Los volcanes al fondo: siempre visibles desde cualquier rincón. Cañaverales, parcelas quemadas, espigas ondeando frágiles, cañas despanzurradas en las calles, bagazo en el jardín, lluvia de tizne, polvo en los ojos, polvo por todas partes. El ingenio azucarero en el corazón del pueblo y la gente. Allí pasó casi todo. Allí comenzó todo.

Todos los recuerdos del pueblo son gratos, aunque algunos se hospeden en posadas tristes, como la muerte de mi tío Jorge, a quien llamábamos *Coco*, ocurrida a nuestros pocos años de edad, los suyos que allí terminaron. Fue el primer sorbo de realidad.

Quesería es un pueblo de olores. Inundado de olores, el olfato se atrofió y hoy padezco consecuencias. Muchos desagradables: bagazo mojado, drenajes rotos, gases de vetustos camiones cañeros, humo de las chimeneas del ingenio azucarero, esmog de los *tonilitas*. Otros, dulces: caña quemada, tierra húmeda,

noches frías e inundadas de neblina, panaderías por la tarde, tortillerías en la mañana, árboles frutales en casi todas las casas: guayabas, granadas, limones, mangos, ciruelas, naranjas.

El deporte de mi vida fue el futbol. La primera posición en el campo fue de portero. Varios años jugué en esa parcela de la cancha. El arquero es el más castigado de los jugadores; solo puede moverse con libertad en un reducto, so pena de ser expulsado si usa las manos fuera, su principal instrumento. Las canchas empedradas donde jugábamos se quedaron con pedazos de piel, hasta que una noche, o una tarde, mi padre vino enérgico y dijo: si quieres seguir jugando, ya no será de portero. Seguramente habrá escuchado los lamentos de mi madre, por las rodillas o las piernas que me llevaban con frecuencia al centro médico, o por los dedos que se quedaron chuecos para siempre. Obediente, colgué los guantes.

Me acuerdo del Cine Ramírez, la diversión dominical en años infantiles. La matiné era imperdonable; la rutina, simple: misa de niños a las 8, desayuno a las 9, dos películas con intermedio para la dulcería entre 10 y 13 horas. Allí se terminaba el domingo. O allí se esfuman los recuerdos del séptimo día.

Con la adolescencia el cine seguía siendo imperdible. Los domingos de matiné cambiaban por los lunes a las 5 de la tarde. De nuevo dos cintas. El cine era más que las películas, que eran casi todo, pero había más: la chica que te gustaba, la chica que coqueteaba; la compañía de amigos, palomitas, cacahuates, Pepsi Cola, deslumbrarse con la oscuridad a la hora de la salida.

La vida en un pueblo como Quesería era sencilla. Casi todos los días parecían iguales, pero algún encanto había en cada uno, aunque hoy no sea capaz de explicarlo, o no tenga necesidad.

El excelente maestro de historia en la facultad, José Miguel Romero de Solís, nos reveló una maravilla de la vida en Colima. Observador agudo del comportamiento humano, apreciaba la generosidad de una tierra donde, en cualquier parte, nacen árboles frutales y basta estirar la mano para comer el fruto. Mi pueblo era vergel.

La primera casa familiar era pequeña. Solo teníamos un árbol de limón en medio del patio, que servía de tendedero de ropa; a mí, de canchita de fútbol y basquetbol. De ese limón cortábamos para usos caseros, hasta que las podas por ampliación y alguna plaga lo fueron matando de a poquito. Se murió seco. Entristeció.

Me acuerdo de la casa de los abuelos paternos. Colindante con el nuestro, chiquito también, en su patio crecieron toronjas, nances y algún otro frutal. En casa de los abuelos maternos, de enorme patio, había guayabas de distintos tipos, granadas, limas, limas *chichonas* y flores, muchas flores coloridas.

Me acuerdo de los golpes. En ese patio, jugando con mis hermanas y una tía materna, caí de un árbol y terminé con yeso en el brazo izquierdo. La escena me duele: mis hermanas, espantadas, corriendo a casa y yo atrás, llorando, con el brazo descolocado. Después, pocas veces intenté trepar árboles. La lección fue dura y perdura.

Me acuerdo de la vida bucólica. Sin complicaciones. De ahí que prefiera siempre las diversiones más simples, como sentarme a observar sin hablar, o esconderme

de la gente y evitar escándalos, ruidos, conversaciones, personas. Mi felicidad reside más en zambullirme en la intimidad que explorar territorios ajenos.

En la huerta del pueblo comíamos mangos, que cortábamos con resorteras o piedras. Arrayanes o guayabas completaban la dieta de la excursión. El agua la bebíamos del arroyo que atravesaba ese paraíso verde. En el regreso, el viaje incluía meterse a alguna parcela, elegir la caña, cortarla con maestría y luego, a diente pelado, comerla hasta que el jugo corriera por los brazos mugrosos y escurriera a los codos.

En plan de conseguir dinero, la huerta nos proveía también algunos pesos. Los cafetos que allí crecían eran proveedores de granos que cortábamos y luego llevábamos a vender a alguna de las tiendas.

Me acuerdo de algunos de los tenderos: doña Cuca, Pedro Delgado, doña Rosalina, don Juan Michel (a quien llamaban, con toda mala saña, *el buitre*), doña Paula, Chuy Hernández, mis tíos Efrén y Arnoldo Hernández. Más lejos del barrio, don "Hetor" y algunos otros cuyos nombres se me escapan.

Me acuerdo de los varios oficios desempeñados, siempre por gusto o responsabilidad familiar: repartidor de periódicos, vendedor de fotos, sembrador y abonero en el campo, ayudante de electricidad con mi padre, ayudante de albañil en la construcción de la casa, hacedor de los ladrillos que levantaron los muros, pintor de casas, pintor de macetas y pilas, limpiador de jaulas de pájaros, podador del jardín, cerillo en el primer súper mercado del pueblo.

En esos oficios, algunos pagados, no ganaba mucho dinero, pero trabajar no tenía tanto ese sentido, porque no hacía falta (ni sobraba), era una forma de pasar los días, solo o con amigos.

Un fotógrafo que vendía periódicos (y fotos), Uriel el dentista, un par de zapateros, cinco carniceros, dos billares, tres peluqueros, una casa de putas (*bule*, le nombraban), un tianguis sabatino, pequeñas tiendas de abarrotes, tres cenadurías, un estadio de fútbol, un centro de salud, una clínica del IMSS, varias tortillerías, una barranca, el arroyo de Santa Mariana, una cancha de futbol empastada, una unidad deportiva, una

iglesia, varias capillas, proveían lo indispensable. Lo que no estaba allí, había que conseguirlo en Colima.

Muchos de mis amigos y no amigos viajaban a otros pueblos a conseguir las novias que allí no querían o podían. Cuauhtémoc tenía fama de mujeres lindas; y sí que las había, como también feas, en honor a la verdad. Otros salían por Alcaraces o a Tonila. Algunos se aventuraban más allá: San Marcos en Jalisco; o Colima capital. Yo era xenófobo; luego me curé.

Las noches en el pueblo terminaban pronto. Duraban poco, suficiente para volver a casa, cenar y dormir sin reniegos. Empezaban a las 8 y a las 10 concluían. Hoy el reloj cambió. A las 10 todavía no comienza la diversión juvenil.

Sábados y domingos visitar el jardín era usual, salvo en la temporada de lluvias, que arruinaba la diversión nocturna. Las mujeres en grupos de cuatro o cinco caminaban en un sentido, tomadas del brazo unas con otras, los hombres, coqueteando, en sentido contrario. Cuando se elegía la presa, había que acercarse a ella y

preguntarle: "¿me regalas una vuelta?". Podían decir sí, no, voltear a otro lado, o después de aceptar, al terminar la vuelta, decirte, sin miramientos, hasta aquí, mientras los amigos soltaban las burlas que destrozaban la noche.

Me acuerdo de los vicios. De algunos. En esa época, entre el bachillerato y la facultad, fui adicto al billar, a la carambola. Y no fui tan mal jugador. La práctica me permitió ganar a consagrados en los dos billares. Iba de uno a otro, buscando con quién competir. Nunca por apuestas o dinero. Cuando no llegaba nadie, pagaba una hora y solo tiraba una y otra y otra vez. Era millonario en tiempo.

En Quesería la fiesta era (¿es?) casi perpetua. En enero se celebraban las fiestas en honor a la Sagrada Familia en la Colonia Obrera; la Loma de la Cruz, uno de los barrios, organizaba sus festejos el 3 de mayo; luego, a mitad de ese mes, llegaban las fiestas por el Cristo de la Caña, que congregaban al pueblo entero; en septiembre, las fiestas patrias se prolongaban con la celebración a la Virgen de las Mercedes, del calendario mayor. En octubre, la Loma de San Francisco recordaba a su patrono. En noviembre, los

varios grupos musicales se turnaban para celebrar a Santa Cecilia dos o tres días. Para diciembre, las nueve posadas peregrinaban distintos barrios y culminaban en el centro, en el jardín de todos.

Loma de las flores, Loma de la Cruz, Los Laurales, el Centro, Emiliano Zapata, la Colonia Obrera, Camino Viejo, La Cebada o la Limonera son algunos de los barrios más populosos de aquellos años. ¡Todos los conocí y caminaba! Casi podría saber quién vivía en cada casa.

En época juvenil quise vigorizar el cuerpo delgaducho. Ni a las chicas que me gustaban, ni al fútbol, les resultaba atractiva tanta fragilidad. Con ayuda de mi padre elaboré unas pesas; en el patio casero, al lado de mandarinas, guayabas y un durazno infértil, sudaba levantando la pesada barra y las mancuernas de cemento. En las rutinas, me recostaba sobre una silla. Una noche invernal descubrí el cielo bellísimo lleno de estrellas. Me quedé absorto por minutos, con el peso sobre el pecho, maravillado. El cuerpo no experimentó las consecuencias de aquellas horas, pero el espectáculo fascinante se quedó grabado en los ojos y la memoria. A la azotea del baño en el patio oscuro, con vista a los cañaverales, subía cuando la decepción

amorosa se instalaba o un problema existencial tocaba la puerta. En momentos aciagos extraño la conversación silente con las estrellas de mi pueblo.

Las escuelas

Me acuerdo del origen pedagógico: soy hijo de la escuela pública. De la primaria a las universidades aprendí y desaprendí, poco o más, en escuelas públicas, excepto en la secundaria, que no era pública pero tampoco privada en el sentido voraz: era una escuela por cooperación sostenida con cuotas bajas y generosidad del director y maestros. Mis hijos no podrán decir lo mismo, pero son inocentes.

Excepto el primer día en el jardín de niños, casi nunca sufrí a los maestros, las maestras, la rutina o tareas. Iba gustoso. Mi madre ya no está para contradecirme y exhibirme como mentiroso.

De la escuela primaria Eva Sámano de López Mateos y los seis años que allí pasé tengo pocos recuerdos. De mis maestros no olvidé a Blanca Estela Lezama y Manuel Ramírez Ramírez. Con ella recuperé el contacto muchos años después y no perdí oportunidad

de declararle gratitud y afecto. No lo habré pasado tan mal, supongo. Aprendí lo indispensable. Mi escritura y lectura no eran malas; y los números no me provocan dolores de cabeza.

En la secundaria hubo varios amaneceres. Despertar a la adolescencia, la admiración por algunas jovencitas, primeras salidas de casa lejos del cobijo materno, el fútbol como disciplina dos veces por semana y partido el sábado, lecturas por gusto, la espera de cambios corporales que no avanzaban tan rápido como en mis compañeros, más grandes de estatura y edad.

Disfruté la secundaria. Me gustaban los problemas en la clase de Física o Matemáticas, descubrir la Geografía, hurgar en la Historia y las clases de Dibujo. En tercero los viernes comenzaban en el taller de carpintería con don Hipólito, maestro artesano que nos enseñó, con sus herramientas, a hacer sillas, cortineros y utensilios menores. Eso con los hombres, las mujeres se quedaban en el aula con la maestra Chabelita en clases de cocina.

La realidad de las escuelas cambió en estas décadas transcurridas entre mi condición de alumno y las de mis hijos. ¡No son pocos años, es verdad! Ellos tienen semanas de exámenes, por ejemplo, y son sometidos a un nivel de estrés insano. De primaria no recuerdo un solo examen; en secundaria eran un desafío: el reto no era mejorar las calificaciones, sino acortar tiempo y terminarlos lo antes posible. Los números eran irrelevantes.

No haber sufrido la escuela primaria o secundaria facilitaron el proceso de adaptación a la pedagogía, a la que no sabía entonces que estaba destinado. En esos años nunca me preocupaba qué haría de mi vida, pero la docencia no estaba en el imaginario. En estricto sentido, no había nada.

Hasta la mitad de la década de 1980, rebasar la educación secundaria era difícil en un pueblo. El hijo o la niña debía tener convicción firme; y la familia, recursos para pagar transporte diario, ida y vuelta, algunos pesos para las tortas y gastos de libros y útiles escolares, inscripciones y visitas adicionales a la ciudad para tareas extraordinarios o por la ampliación de relaciones sociales. De mi generación de la secundaria

posiblemente la mitad ya no pudo continuar el bachillerato; los que fuimos a la Universidad o al Tecnológico, menos todavía.

Cuando me pregunto por qué no siguieron estudiando todos los compañeros de secundaria en la generación de 41 alumnos, 21 hombres y 20 mujeres, no tengo respuestas, pura especulación. Unos empezaron a trabajar de inmediato, a algunos les perdí la pista y no supe nunca más. La única constatación fidedigna es que los niños y jóvenes de hoy tienen más oportunidades que nosotros, aunque la exclusión de entonces se introdujo al salón de clase: hoy tienen mayores oportunidades de inscribirse, pero las probabilidades de egresar aumentan lentamente y se ensañan con los más pobres.

Colima tiene condiciones privilegiadas en distintos aspectos. De mi pueblo a la capital, el transporte público, los camiones que llamábamos *tonilitas*, hacían unos 50 minutos hasta las instalaciones donde se ubicaban los bachilleratos 1, 2, 3 y 13; sin embargo, estudiar fue una carrera de obstáculos que muchos perdieron.

Para algunos compañeros de generación o mayores, el camino al futuro pasaba por abandonar el pueblo rumbo a Estados Unidos. El espejismo de alcanzar a un tío o hermano mayor, un amigo, pocas veces me inquietó, aunque algunos ya contaban su emocionada aventura e ilusionaban. La tentación fue fugaz, por suerte.

La integración de mujeres y hombres cambió también en las escuelas. En la época que cuento, los hombres iban primero en la lista, ordenada alfabéticamente. Yáñez era el último. Luego venían las mujeres; Aguilar primero.

Tengo la impresión de que a muchos niños o jóvenes de hoy la vida más cómoda les genera certidumbres perniciosas. Suponen que la leche nace en cajas o botellas, los huevos en cestas de plástico o cartón y que la fruta procederá de alguna máquina sofisticada. No se trata de idolatrar el sacrificio y la sangre como pago por beneficios de la modernidad, pero erramos

en el afán de facilitar la vida convirtiéndonos en sindicalistas furibundos de los hijos.

Cada vez que empecé un proyecto la vida cambió sustancialmente. Nada fue igual. Así, desde ser expulsado del vientre materno, aunque de las minucias del 5 de diciembre de 1966 no doy fe.

Cuando terminé la secundaria apareció la primera gran disyuntiva. ¿Dónde seguir estudiando? Entonces, el Bachillerato 13 de la Universidad de Colima tenía fama de ser el mejor, o uno de los mejores. Lo consulté con el director de la escuela secundaria. No lo dudó: vente a Colima, al Bachillerato 13; tampoco vacilé.

El Bachillerato 13 fue la inauguración de un mundo inédito. La primera experiencia lejos del seno familiar. Descubrí amigos, inteligencias que hoy sigo admirando en compañeros, y un puñado de estupendos maestros en las materias cardinales: literatura, lectura, matemáticas. Amanecer de la aventura universitaria que continúa.

Me acuerdo especialmente del curso de Taller de lectura y redacción, impartido por el inolvidable Gregorio *Goyo* Macedo. De sus clases es imposible olvidar *La Iliada* y *La Odisea*. Todavía recuerdo la emotiva forma como el profesor las narraba, cual si hubiera sido parte de aquellas aventuras.

En matemáticas tuve buenos maestros. Uno por cada año del bachillerato. Juan Lobato en primero, Esteban Aguilar en segundo, Rogelio Salazar en tercero. No eran fáciles, pero cumplían a cabalidad; serios, conocían la materia y exigían en su aprendizaje. Podrían ser muy tradicionales, pero no hace daño mirar con respeto y obedecer a los maestros.

Me acuerdo de otros maestros del bachillerato: Miguel Alcocer, Juan Martín Rodríguez, Francisco Javier Borja, Raúl de la Mora, Martha Elba Preciado o Luis H. Cárdenas.

Dos carreras tuve en mente cuando llegó la hora de elegir: mecánico electricista, quizá por la inercia de mi padre, obrero electricista, aunque no me lo pidiera jamás; y esa extraña licenciatura que consulté en el catálogo de carreras de la Universidad. La prepa había terminado. No estaba totalmente seguro de la decisión. Luego, no me arrepentí.

Me acuerdo gratamente de la Facultad. La vi nacer. Cuando ingresé a la licenciatura no existía. Se llamaba Escuela Superior de Ciencias de la Educación. A los 6 meses parió la primera facultad en la Universidad de Colima: Pedagogía, el segundo vientre.

Durante un tiempo la gente me miraba estupefacta cuando le decía el nombre de la carrera. ¿Cómo? ¿Eso estudiaste? Sí, licenciatura en educación superior; como existe una licenciatura en preescolar o primaria. No sé si alguna vez otra institución ofreció esa carrera. Si no fue así, tengo el privilegio de formar parte de la cuarta y última generación en el país.

La vida como estudiante universitario fue un paseo. Tuve magníficos maestros y otros que solo con esfuerzo puedo recordar. Entre los primeros, José Miguel Romero de Solís me enseñó más de pedagogía que en los cursos de teoría pedagógica o didáctica, por su pasión y sabiduría.

Los malos maestros son todos iguales: sosos, ignorantes o medianamente conocedores de la materia, carentes de vocación y convicción, memoristas y flojos; algunos, autoritarios.

Entre las materias troncales de la pedagogía me deslice a la sociología y la filosofía, la historia y la teoría pedagógica. Huía de la psicología y la libré sin complicarme la vida. Cuando llegué a la UNAM y podía elegir materias, diez en total para cursar la maestría, fijé la mirada en el mismo horizonte.

Me acuerdo de los primeros textos en la pedagogía. Francisco Larroyo y sus dos voluminosos libros de *Historia general de la pedagogía* e *Historia comparada de la educación en México*; Aníbal Ponce y *Educación y*

lucha de clases. Otros inolvidables: Nestor Braunstein, Mario Alighiero Manacorda, Lorenzo Luzuriaga, Paulo Freire, Imídeo Nérici, Iván Illich, Juan Amos Comenio y Rousseau. Todos siguen en la biblioteca.

En la naciente Facultad de Pedagogía cursábamos seis semestres de tronco común; para el séptimo elegíamos área: sociología de la educación, psicopedagogía, planeación y administración educativa y educación superior. La primera nunca se ofreció por ausencia de demandantes. En la generación 1984-1989, la opción de educación superior la tomamos seis. Los tres semestres restantes la clase fue lo menos parecido a una cátedra y más a una reunión de amigos con uno mayor, que dirigía las discusiones, dejaba tareas, tomaba café, a veces fumaba con nosotros, ponía exámenes y se encargaba de calificarnos. La camaradería nos hermanó, aunque no nos vimos nunca más juntos, y no podremos, porque se nos adelantó la única mujer del grupo, la *güerita* Quiles.

Me acuerdo del egreso de la carrera. Nacía 1989, moría el siglo XX, el corto siglo que había nacido con la Primera Guerra y finalizaba con el derrumbe del Muro de Berlín y la promesa de un mundo menos frío.

De lecturas, libros y autores

La relación con la lectura comenzó pronto. La escuela primaria o secundaria no fueron pródigas en forjarnos el hábito. A casa los libros llegaron con la secundaria por vía paterna. Algunas colecciones de Time-Life, de cultura general, ayudaban con las tareas y para pasar algunas tardes entre imágenes de animales, ecosistemas, planetas, continentes.

En el jardín del pueblo, Pedro Flores era dueño de un puesto de revistas y periódicos donde, además de la venta, se alquilaban por pocos centavos. Pedro o sus hijas se sentaban en una silla tejida; desde allí nos cobraban y vigilaban amistosamente.

De pie a la sombra de un árbol, o sentado en las bancas del jardín, pasé horas incontables en la lectura de revistas. Kalimán, Hermelinda Linda, Memín Pinguín, Aniceto, El Santo, Fantomas o Tarzán son algunas que recuerdo.

Me acuerdo de mi primera colección. Era una serie de formato pequeño con extractos ilustrados de las grandes obras de la literatura. Fue la primera vez que me acerqué (si se admite la expresión) a Julio Verne, Emilio Salgari o Mark Twain. Cada semana esperaba ansioso con el dinero ahorrado.

Pedro Flores y la hija que habitualmente le ayudaba, a quien no recuerdo de nombre, brindaron un servicio social incalculable a muchos de nosotros que aprendimos a disfrutar la lectura sin asociarla al deber o las tareas. Su misión pedagógica es indescriptible.

Mea culpa: soy lector desordenado, irremediablemente caótico. Es imposible tener abierto solo un libro a la vez. Necesito más. Para el trabajo procuro un libro siempre; para descansar en casa cuando vuelvo por las noches, o los fines de semana, otro distinto, preferentemente literario. Una novela, poesía, cuentos aligeran la pesadez de la cabeza. De leer como oficio descanso leyendo por ocio.

No imagino la vida lejos de libros, lecturas, una libreta pequeña para apuntes, una pluma para escribirlos. Escribir es un placer también corporal.

Entre los libros más pedagógicos aparecen las biografías. No las autobiografías, que pueden ser producto del espejito lindo espejito quién es el más bonito/inteligente/hermosa. Me gustan las biografías que relatan historias de mujeres y hombres de carne y hueso, normales, humanos como todos, pero con convicciones extraordinarias como pocos. Pienso, además, que son material de primera mano a la hora de persuadir a los estudiantes jóvenes de que la vida consiste, entre tantas cositas, en encontrar sentido al hecho de levantarse, decir no, luchar por lo que se cree o empujar cuando las fuerzas merman.

Me acuerdo del primer libro de José Saramago que tuve en las manos: *El evangelio según Jesucristo*. Lo leí en Semana Santa y se volvió costumbre releerlo en esas fechas.

Saramago fue una revelación. Me sucedió también con García Márquez. Apenas leer la primera obra, encaré dos tareas: conseguir sus libros y leerlos uno tras otro.

Todos los libros de Saramago son entrañables. Unos más que otros, por supuesto. En primera fila: *El evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera* y *El equipaje del viajero*.

El aprendizaje de la escritura

Tu letra no es fea, es muy linda, pero a veces no la entiendo. Es la mejor descripción. Su autora, Mariana Belén, primogénita.

Me acuerdo del título del primer artículo. Se publicó en una revista escolar que fundamos en la Facultad de Pedagogía. La revista se llamaba "Praxis educativa"; el escrito: "Memorándum: a veinte años del 68".

Me acuerdo de Josué Reyes Rosas Barajas y Arturo León Castrejón, socios en la revista. A Reyes y a mí nos quedaba poco tiempo en la Facultad. Solo pudimos presentar dos números. Don Arturo Martínez, el impresor, tuvo el tino de llamarla, a partir de entonces, "Tragedia educativa". Esa experiencia inauguró la andadura por caminos editoriales.

El primer artículo está a punto de cumplir 30 años. No sé cuántos escribí después. No los tengo reunidos en ningún archivo. Muchos se habrán perdido por los discos flexibles donde estaban almacenados. Ignoro cuántas páginas tengo. Y nunca lo sabré. Me preocupan y ocupan las que no escribí todavía. Y no mucho.

En casa familiar tuvimos una máquina de escribir mecánica. Pequeñita, ligera, portátil. Olivetti. Nunca supe dónde la consiguió mi padre. Un día llegó con ella y ya tenía dónde hacer tareas. Estaba empezando la secundaria. Después pasó por las manos de mis hermanas. Con los años, a pesar de los cuidados, algunas de las letras se cansaron y escribían recargaditas unas en otras, como sosteniéndose en la compañera, antes que escribiendo lo que ordenaban los dedos.

Esa pequeña máquina de escribir fue el instrumento más generoso hasta la universidad. Hoy la tendría en un sitio especial. Seguramente la desempolvaría para escribir algunos de estos "me acuerdo", aunque luego tuviera que reescribirlos en la vieja MacBook Air, a la que ya se le borraron la E, la S, la A, la D y la C.

Escribir en la Olivetti era una aventura que hoy los jóvenes y niños no imaginan ni entenderían. ¡Ni falta les hace! Meter la hoja de manera correcta; insertar la cinta por el lado y tensión debidas; limpiar la cabeza de las letras con una goma que les quitara suciedad y la mancha del color rojo cuando se usaba cinta doble. En el pueblo había que cerrarla siempre para evitar la invasión de tizne en sus entrañas.

De aquellos hábitos derivan, imagino, obsesiones perpetuas por la limpieza a la hora de escribir. No puedo hacerlo en una pantalla manchada, con huellas dactilares mezcladas con palabras. La mesa debe estar limpia, como el teclado. No soy exquisito en menudencias, pero escribir merece absoluto respeto, incluso en la limpieza.

En la Olivetti aprendí a escribir con los dedos de ambas manos. Con la secundaria llegaron las tareas y entregarlas en máquina era parte de la responsabilidad escolar. Los primeros teclazos fueron desesperantes; desmesuradamente lentos y abundantes errores. Un

viejo manual de mecanografía que alguien había usado en el Colegio Rafaela Suárez (¿una prima?) me sirvió para ensayar. Aprendí paciente dónde se colocan los dedos de cada mano, cuáles en la barra espaciadora, cómo mover el carrete. Y gasté todas las hojas, hasta que los dedos pudieron escribir sin mirar las teclas.

Corregir los errores eran cuestión delicada para el obsesivo de la pureza: precisaba buen líquido corrector, manos limpias y fineza para enmendar y volver a teclear en el mismo sitio la palabra debida. ¡Qué lejos estábamos de los procesadores que ahorran faenas!

Cuando estudiaba la carrera llegaron las computadoras a la Universidad. Nuestra facultad fue de las primeras en tenerla, en la oficina del director. Allí conocí la primera: IBM, de fondo negro y letras verdes. Lo que no recuerdo es cuándo usé la primera, ni qué escribí.

La Olivetti se fue definitivamente cuando llegué a la UNAM. Las máquinas eléctricas eran novedad. Apenas ahorré lo suficiente, en Tepito conseguí una,

más ligera y de uso fácil. Con ella libré las tareas del posgrado y volvió conmigo a casa. No sé de ella.

En mi vida tuve en propiedad o uso distintas computadoras portátiles y de escritorio. Cuando cayó la primera computadora Apple a mis manos, literal y metafóricamente, por recomendación de Juan Contreras, trabajar cambió por completo. Nada es igual a la actividad extática de surfear los dedos por sus teclados negros o blancos.

A pesar de los muchos años, de la frecuencia y afecto por las computadoras, especialmente por las Mac, sigo siendo analfabeto tecnológico. Experimento poco, me animo menos y conservo hábitos anacrónicos. En distintos momentos hubo siempre alguien que me apoyara en dificultades; además de amodorrarme, evitaba entrar en terrenos ignotos. Y sigo, aunque a veces desespere por la incompetencia.

Usar computadora es placentero. Solo hay una excepción: informes burocráticos y yerbas por el estilo. Pero nunca abandoné la escritura manual. Sigo

escribiendo a mano, en las reuniones, algunos de mis artículos, y procuro tener siempre cerca cuadernos con una pluma fuente de tintas diferentes al negro o azul.

En un suplemento cultural de larga vida en Colima se publicó el primer artículo en un medio periodístico: crónica, o intento, de un concierto de Silvio Rodríguez en el Palacio de los Deportes, Distrito Federal. Emocionado por la experiencia, la misma noche llegué al cuarto de huéspedes, desenfundé la máquina eléctrica y redacté las cuartillas. El bienhechor: Salvador Silva Padilla. El mismo que me acogería años después en Puertabierta Editores.

A lo largo de todos estos años casi siempre escribí para medios periodísticos, con incursiones esporádicas en nacionales. Lo más rimbombante: el suplemento semanal de *La Jornada*. Una vez nada más lo intenté y tuve éxito. Luego me llamaron para recoger el cheque con el pago; ya estaba pagado, respondí.

Cuando volví de Argentina, en 2014, entre los planes tenía encontrar un medio periodístico de circulación nacional. Todavía no comenzaba la búsqueda cuando, vía Twitter, me llegó la propuesta de escribir para un periódico especializado en España. Acepté, sin demora. Se llama *Escuela*, y fue mi casa tres años. Luego cambié de residencia a *El diario de la educación*. Allí se hospedan mis artículos.

Tengo varias razones para escribir. No la pretensión de ser escritor. Soy un profesor universitario que escribió algunos libros. Entre las distintas motivaciones para escribir no figura hacerlo solo para mí.

Compartir ideas ajenas y recomendaciones bibliográficas es unas de las razones pedagógicas que más movilizan el deseo de la escritura. Anida en el fondo el infinito reconocimiento de las limitaciones personales y la gratitud a los autores y libros inspiradores. Un cartero, me definiría con George Steiner.

Me acuerdo de que también escribo para instigar, para incordiar; por último, pero al principio, para alentar esperanza.

No sé exactamente de dónde vino mi gusto por las plumas fuente. En el bachillerato, Manolo, un condiscípulo mayor que nosotros, usaba una que me mostraba a petición expresa. Luego, en la facultad, el director, Juan Eliézer, era asiduo. Son las dos referencias más antiguas. En algún tiempo fui comprador compulsivo de plumas, luego me di cuenta del exceso y ahora casi nunca, excepto cuando encuentro una joya, no por el precio o la marca, sino por la estética. Casi nunca son baratas, pero me persuado con el argumento de que son instrumentos de trabajo.

En el aprendizaje perpetuo de la escritura a nadie debo tantas recomendaciones bibliográficas, correcciones, consejos y desafíos como a Rubén Carrillo Ruiz. Del resultado no es responsable.

La unam. Punto y aparte

Llegar al Distrito Federal y a la UNAM, a comienzos de los años noventa, revolucionó la vida. Del pequeño pueblo de siete u ocho mil habitantes a la capital hubo un salto triple sin red. La transformación fue definitiva. Nunca pude ver el pueblo con los mismos ojos. No se perdió afecto; los horizontes se ampliaron.

De casi dos años en Distrito Federal regresé con menos kilos en el cuerpo y más en las maletas. Experiencias y perspectivas profesionales se ensancharon.

De la UNAM volví con muchas nuevas lecturas y autores, pero también con otras músicas. En los puestos ubicados alrededor del acceso a la Facultad de Filosofía y Letras descubrí a Joaquín Sabina y Alfredo Zitarrosa.

Mi tesis doctoral tiene una dedicatoria amplia. Joaquín Sabina, Joan Manuel Serrat y Alfredo Zitarrosa fueron música de fondo en las madrugadas que pasé escribiendo y reescribiéndola.

Me acuerdo de los maestros. A la UNAM llegué con la ilusión de encontrarme con algunos de los insignes que, jóvenes, ya eran conocidos en la bibliografía pedagógica mexicana. Entre ellos destacaban Ángel Díaz Barriga, Alicia de Alba y Gilberto Guevara Niebla. Descubrí a otro de los referentes vitales, Juan Carlos Geneyro, argentino, con quien tomé dos cursos de filosofía de la educación y sellé amistad perpetua.

A Miguel Escobar Guerrero lo recordaba de haber leído la antología sobre Paulo Freire, preparada para la SEP y Ediciones El Caballito, de difusión masiva. Cuando vi su nombre y el del curso, sobre el educador brasileño, me inscribí. Crecieron alianzas: congresos académicos, encuentros personales, un libro y fraternidad.

Miguel Escobar Guerrero me vinculó con Paulo Freire. Gracias a él llamé por teléfono a la casa de Paulo y le propuse visitar Colima para que la Universidad le entregara el doctorado *honoris causa*. Aceptó y en los preparativos tuvo un accidente, postergamos la visita y poco después murió, el 2 de mayo de 1997. Mi gratitud con Miguel es permanente. La tristeza por Paulo, infinita.

Me acuerdo de algunos de los personajes que conocí mientras estudiaba la maestría en pedagogía en la UNAM: Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Antonio Skármeta, Carlos Monsiváis y Adolfo Sánchez Vázquez, entre los nombres mayúsculos.

Pequeño homenaje al maestro *Goyo*

No puede exigirse a maestros y educadoras que sientan pasión por la enseñanza. A nadie. A mí me parece imprescindible y puedo afirmar que, sin pasión, la docencia no es.

Estudié en la Secundaria por cooperación número 21, en mi pueblo. Fui parte de la última generación. La entrega de certificados fue su clausura. Veinte o veinticinco cohortes egresamos de sus aulas. Laborábamos en el turno vespertino, en las instalaciones de la Eva Sámano de López Mateos, la primaria donde estudié. Después de nosotros tomó la estafeta la Secundaria Técnica número 13, a donde asistirían mis hermanas.

La 21, como llamábamos, fue obra inmensa de un maestro oriundo, Gregorio Medina González. Después de ejercer su docencia por otros lugares, habrá decidido que era el momento de cubrir un hueco en su pueblo. Con pura voluntad y gran

capacidad de persuasión convencía a profesores para que le acompañaran todos los días a darnos clases. La paga salía de los bolsillos de nuestros padres y las becas que teníamos los hijos de obreros azucareros.

Me acuerdo de Goyo Medina y su disciplina; era cabrón. Su mira telescópica le indicaba cuando a los hombres el pelo nos había crecido un centímetro más. Pausado pero firme, sonrisa traviesa y ojos vivos atrás de sus lentes, se acercaba para decirnos suavecito: "mañana visita al peluquero", "quiero verte las orejas", "dile a tus papás que ya te corten las greñas". A la tarde siguiente nuestras orejas mostraban su desnudez.

Con Goyo Medina la hora de entrada era exacta. No había demora, ni después del recreo. *Jalar los diablitos* era una medida extrema, pero nadie rezongaba, ni se traumó. Joaquín o Jorge Rodríguez, treinta centímetros más altos, 30 años más potentes, no se atrevían a enfrentarlo. Los campeones del basquetbol, ellos, o el más pequeño del grupo, le respetábamos sin cuestionamientos.

Quesería, su pueblo y el mío, le debe reconocimiento al maestro Goyo. Sin él, muchos jamás habríamos podido salir para seguir estudiando. Sin su voluntad y sacrificio, porque puso trabajo y dinero a cambio de la misión pedagógica, muchos seríamos más analfabetas. Una calle, una biblioteca, una escuela, un parque público tendrían que honrar a quien más hizo por la educación de todas esas generaciones.

Pedagogía y maestros

Mi práctica pedagógica está inspirada en Paulo Freire. Lo asumo críticamente, lejos de la pretensión de adorarle o erigirle templos y cantarle oraciones.

Aspiro a una práctica pedagógica orientada por el maestro nacido en Recife, nordeste brasileño: que se deslice de las respuestas a las preguntas; del autoritarismo (también en la escuela) a la democracia; de la desesperanza a la esperanza.

Paulo Freire era el currículum para muchos de nosotros. Había que conocerlo en la década de los ochenta si estudiabas pedagogía. Hoy, los estudiantes pueden egresar sin ser capaces de repetir más que dos o tres títulos de su obra. Posiblemente exagero y solo nombren uno. No puedo generalizar; me disculpo.

De Paulo Freire leí primero *Educación como práctica de la libertad* y *Pedagogía del oprimido*. No estoy seguro de haberlos entendido. Luego vino *Extensión o comunicación. La concientización en el medio rural.* Con lo aprendido fue suficiente para percatarme que allí tenía un asidero para el viaje incipiente.

Henry Giroux y Peter McLaren aparecieron de pronto e iluminaron el firmamento pedagógico. Las teorías críticas se enriquecieron con sus aportes inspirados en referentes poco comunes para nosotros. No desaprovechamos la oportunidad y nos fuimos a la Universidad de Guadalajara para una serie de conferencias. Una delegación de jóvenes profesores de la Universidad de Colima empezamos a repetir algunas de aquellas ideas, que embonaban con Paulo Freire, a quien rendían tributo Giroux y McLaren.

Me acuerdo de un pasaje imborrable en el discurso de Federico Mayor Zaragoza cuando recibió el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Colima: la educación no es un empleo, es una misión de transformación social que no puede ser epidérmica.

La visita de Federico Mayor fue en 1995, en Manzanillo. Con amigos de la televisión universitaria conseguí la grabación y durante varios años fue material obligado en los cursos que impartía. La sabiduría y elocuencia del entonces director general de la Unesco me cimbraron.

Al boato del 15 de mayo lo contradice la realidad cotidiana de educadoras y maestros.

Me acuerdo de Luis Porter cuando escribe que en las universidades deben clausurarse las oficinas de planeación que solo conectan con la rectoría, lejos de la realidad, de espaldas a maestros, alumnos y trabajadores, fabricándose universidades de papel.

He tenido la fortuna de conocer y convivir con grandísimos educadores. Con Pablo Latapí Sarré forjé una amistad que perdura hoy con María Matilde,

su esposa. El primer acercamiento ocurrió en la Universidad Pedagógica Nacional, unidad Ajusco; luego en la UNAM, después estuvo conmigo en Colima varias veces. Dos ocasiones son señeras: cuando recibió el nombramiento de *maestro universitario distinguido* y luego el doctorado *honoris causa* en la Universidad.

De los encuentros felices de don Pablo en Colima quedaron testimonios literarios, el más bello, un libro con la conferencia presentada al recibir el doctorado, con preludio magistral a cargo de Manuel Gil Antón. El libro se titula *La buena educación. Reflexiones sobre la calidad*. Con ese título inauguré una colección de tres con testimonios semejantes.

El segundo título de la colección corrió a cargo de Fernando Savater, el filósofo español que recibió el *honoris causa* en febrero de 2010, en el preámbulo de los festejos por el 70 aniversario de la Universidad de Colima. Parecía imposible lograr su visita, pero la hicimos realidad y aquella sesión del Consejo Universitario es inolvidable.

Las horas en diálogos joviales e inteligentes de Fernando Savater, al lado en la camioneta, durante dos noches en la cena, o sentados frente a una playa de Armería comiendo exquisitos mariscos que el filósofo devoraba con placer pantagruélico, me reconfirmaron que sabiduría no es prima hermana de pedantería o patanería.

La sabiduría que conozco, y disfruto, vive en las antípodas de la soberbia. Asume compromisos sociales y tiene cara de maestro de escuela. La personifican hombres como Juan Miguel Batalloso, colega, amigo y maestro sevillano a quien tuve la fortuna de conocer en un congreso donde conmemoramos al Paulo Freire más vivo, el que incita a la rebeldía del inconformismo y no renuncia al cambio. Otro enorme sabio, mexicano, es Carlos de la Isla, filósofo también.

Me acuerdo de muchos autores. Con ellos aprendí que la pedagogía ilusiona o no es; inyecta esperanza o esteriliza con el ritual de la escolaridad. La pedagogía es crítica y propuesta, denuncia y anuncio.

Hay un tiempo para denunciar y otro para anunciar. Fundirlos en tiempo y circunstancia prologa el cambio.

Me acuerdo del poema de Nicanor Parra, "Los profesores"; de las *Cartas a quien pretende enseñar*, de Paulo Freire; de la carta de Albert Camus a su maestro Louis Germaine; de Nuccio Ordine y *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*; de Daniel Pennac y *Mal de escuela*; de Célestin Freinet y *Consejos a los maestros jóvenes*.

Me acuerdo del primer libro comprado para la biblioteca pedagógica: *Historia general de la pedagogía*, de Francisco Larroyo, Editorial Porrúa. Mi edición, de 1983, todavía conserva el forro con que cuidadosamente lo arropé.

Me acuerdo de la primera crítica demoledora que escuché sobre la burocracia escolar: *La fábula de los cerdos asados*, de Gustavo F. J. Cirigliano, en el libro

Juicio a la escuela, de Iván Illich, Cirigliano y Forcade. La primera vez no la leí, la escuché, porque fue así como la expuso el maestro, de pie frente a nosotros.

Me gusta pensar (y trabajar) la escuela como una institución que aplana las diferencias dolorosas y explota virtudes y talentos en condiciones adecuadas; que no trata a todos como iguales y afirma la diversidad.

Me acuerdo de *La escuela del mundo al revés*, obra inquisitiva de Eduardo Galeano, que leí entre Santiago de Chile y el avión de regreso a México, escala en Buenos Aires. Un libro que también suele acompañarme como lectura inicial, en voz alta, frente a la clase.

Mi conocimiento de la escuela y el mundo educativo se enriqueció con el rol de padre. Seis años en guardería y otros tantos en preescolar y primaria, me concede material (y autoridad) para opinar. En los doce años

asistí a innumerables reuniones de padres y madres, a veces con entusiasmo, otras con escepticismo y no pocas con enfado. Nunca me pidieron opinión sobre lo que hace la escuela, deciden los directores y realizan los maestros. Nunca. Para las directoras, tristemente, somos consumidores de instrucciones, tarjetas de débito.

Me acuerdo de Miguel Ángel Santos Guerra en muchas ideas. Las coincidencias con el profesor español son casi totales. ¡Y cómo no! Dice, por ejemplo, que en el principio de los tiempos los dioses partieron la verdad en pedazos y la entregaron a todos. Para tenerla completa, entonces, hay que unir todos los fragmentos. Es exactamente lo mismo que debemos hacer en la escuela. Nadie tiene la verdad absoluta, ni el secretario de educación, el rector o el director. Tampoco el maestro. Nadie.

En una reunión de profesores universitarios, mientras lanzaban autoelogios, reconfirmé que los maestros no son sacerdotes del saber, ni las escuelas templos para adorarles.

Pausa argentina

El reloj en la mano derecha marcaba las 21.42 horas. En media hora partiría el vuelo de Aeroméxico con destino a Buenos Aires. El cansancio físico y la vapuleada emocional auguraban sueño seguro. Sentiría apenas el viaje y despertaría muy lejos de todo aquello que pretendía dejar atrás; olvidar no, solo hacer un hueco para continuar con proyectos distintos y encender ilusiones.

El 8 de marzo de 2013 llegué a Buenos Aires. Sin dilación, del aeropuerto en Ezeiza enfilé en taxi rumbo al aeroparque Jorge Newberry, frente al Río de la Plata. Tuve suerte. Un avión de Aerolíneas Argentinas saldría en un par de horas a Córdoba. Apenas tiempo suficiente para pasear por la costanera, recordar México y los hijos. Comenzaba el exilio terapéutico.

Durante los meses previos, en soledades desintoxicantes, un poema cantado en catalán revoloteaba en la cabeza incesante: *Viaje a Itaca*, del poeta griego Kavafis, en voz de Lluis Llach.

Córdoba me recibió un sábado por la tarde. En el aeropuerto me esperaba David Malik, agente inmobiliario. En su auto viajamos a la ciudad, conversando animados, como viejos amigos. Visitamos dos departamentos que había visto por internet. Uno en Fructuoso Rivera, que parecía muy lindo en sus detalles de madera, un monoambiente pequeñito; el otro, nuevo totalmente, en el bulevar San Juan, a una cuadra del Patio Olmos y cincuenta metros del Cineclub Municipal; ambos en Nueva Córdoba. Desde las alturas esa noche miré la ciudad, respiré a fondo todo el aire que cabía en los pulmones y juré volver fortalecido.

Me acuerdo siempre de Córdoba, la docta. Cuna de la primera universidad argentina. Caldero donde se cocinó el movimiento que revolucionó las universidades latinoamericanas hace un siglo. Ese año, 2013, cumplía 400.

En una sola manzana cordobesa hay más librerías y libros que en todo el estado de Colima.

Para festejar los 400 años de la Universidad Nacional de Córdoba organizaron 400 festejos, uno cada día. ¡Idea genial! Me habría gustado que la Universidad de Colima organizara 75 eventos académicos, culturales o sociales durante 75 días. Toqué puertas por aquí y por allá, ofreciendo la idea, como limosnero invertido. A nadie le interesó, o era pobre de argumentos el pregonero.

Me acuerdo de las tardes y noches en el cine club municipal Hugo del Carril. A veces me iba temprano, me sentaba en el bar, pedía un Fernet con hielo y coca, luego pasaba al salón oscuro que me transportaba por mundos fantásticos, de la mano de Woody Allen, los hermanos Cohen o Werner Herzog y, por supuesto, la filmografía argentina reciente.

A los pocos días de llegar a Córdoba se realizó la elección del rector en la Universidad Nacional. La coordinadora del área de educación en el Centro de Investigaciones "María Saleme de Burnichon",

Liliana Vanella, quien me había acogido, me contó de los procesos electorales e invitó. Estuve allí. Fue un sábado de contrastes, larga jornada de aprendizajes en el ámbito donde cruzan educación y política.

Pocos meses atrás había vivido muy cerca otra sucesión rectoral. Los contextos distintos, los ambientes, como las culturas, diametralmente opuestas. En Colima se dirimió por usos y costumbres instalados; allá también. En uno, sin debate; en el otro, luego de largas e intensas intervenciones, cuando se habían agotado los oradores, se votó.

El largo camino de regreso del edificio de la rectoría al departamento en bulevar San Juan fue un lento proceso de sedimentación de lo vivido. En las siete u ocho horas de la elección recibí lecciones refrescantes.

Me acuerdo del Café Tortoni en Buenos Aires; del Café Brasilero en Montevideo, de sus contertulios fieles, Mario Benedetti y Eduardo Galeano. Me senté frente a su mesa favorita y pedí los mismos platos que ellos, mientras la imaginación se fundía con los sabores.

Argentina está en el corazón. Uruguay era deseo incumplido hasta que caminé sus calles en Montevideo, Punta del Este y Colonia del Sacramento. Allá volvería siempre. El *paisito* engendró algunos de los más admirados músicos y escritores: Benedetti, Viglietti, Galeano, Zitarrosa. Y en la política, José Gervasio Artigas y el querido Pepe Mujica. A Gardel se lo disputan Argentina, Francia y Uruguay. El pasaporte rescatado de las cenizas donde murió, en Medellín, indica lugar de nacimiento: Tacuarembó, Uruguay. Obviemos disputas: su país es el tango; la nacionalidad, universal.

Ciudadano cero

Paulo Freire decía que el sueño, como la esperanza, son necesidades ontológicas. No se refería, por supuesto, al sueño de tirarse a la cama, soltar el cuerpo y no despertar en varias horas, sino al de imaginar un mundo distinto, otro mundo posible. Soy partidario del mismo equipo y aunque no forme en el cuadro titular, aplaudo a los compañeros y colegas que perseveran y son ejemplo.

Me acuerdo de Facundo Cabral y su concepto de la profesión política: si los políticos no sirven para escuchar a todos, hasta el último, y ayudar a quien más lo necesita, ¿para qué están?

Me acuerdo de dos victorias en elecciones presidenciales que inyectaban ilusiones de transformación en los dos pueblos gigantescos de la América nuestra: Lula en Brasil y Vicente Fox en México. La última terminó en farsa; en Brasil, el obrero devenido presidente pagó caro el atrevimiento y la corrupción a su alrededor.

He sido privilegiado. Nunca solicité ninguno de los empleos que tuve. Antes de concluir la licenciatura me ofrecieron incorporarme a la Universidad. Lo mismo sucedió con los cargos que desempeñé allí mismo. Para llegar al Instituto me llamaron y preguntaron si tenía interés en ocupar la dirección estatal. Dije sí, envié lo solicitado y concursé. La etapa profesional ensancha horizontes de forma indescriptible. Los compromisos sociales se profundizan.

Los viajes ilustran, reza Perogrullo. Me gusta viajar, aunque, si pudiera elegir, me quedaría en casa. Cuando preparo maleta, el primer artículo que elijo es un libro, o dos, depende la duración. No es fácil la decisión; tomada, lo demás es lo de menos.

No soy ludista o neoludista. No pienso que debamos destruir las máquinas, ni me importa demasiado que muchos pasen horas atados a las pantallas de la televisión, la computadora, la tableta o el teléfono. Me pregunto, qué sucederá con los hijos de nuestros

hijos cuando les corresponda tomar decisiones sobre el pedazo de superficie más allá del metro cuadrado de su sombra.

No conjugo el verbo arrepentir. Cuando el gusano de la tentación empieza a horadarme, aplicó el veneno de inmediato y lo expulso. Es un verbo inútil. La vida, hasta el penúltimo momento, concede oportunidad de correcciones.

Me gustan las palabras. Son una invención maravillosa, pero disfruto tanto o más con el silencio, cada vez más escaso, más intimidante, que acalla voceríos estériles.

Me acuerdo de Eduardo Galeano cuando decía que Juan Carlos Onetti aseguraba, según proverbio chino: las únicas palabras que merecen existir son mejores que el silencio.

Incordiar es un verbo habitual en el diccionario íntimo. Lo conjugué en los hechos cuando desconocía

su existencia. Retobón, me llamaban, confesó la querida maestra Sara Lourdes Cruz. El diccionario de la Real Academia Española traduce: rezongón, respondón. No era nada personal, ni antes, ni ahora. Soy inconformista de nacimiento.

Hace muchos años, en alguna parte leí una frase: espera siempre lo mejor, prepárate para lo peor y acepta sonriente lo que venga. Lo convertí en regla de vida, o quise, porque no siempre se dibujó sonrisa cuando las cosas venían chuecas.

En los años juveniles disfrutaba la soledad. Mientras muchos buscaban amigos, bailes, reuniones, encontraba momentos para escaparme. En el cuarto tenía lo básico: libros, una mesa amplia, máquina de escribir y hojas, equipo de sonido, discos de vinilo y los recién aparecidos CD's. Me acuerdo de mil tardes acostado en el piso frío y limpio siempre por obra de mi madre. Solo me levantaba para cambiar el disco o mover la aguja a la canción preferida. Hoy, cada vez tengo menos tiempo y las tardes solitarias las pido como limosna.

En la Ciudad de México, cuando se llamaba Distrito Federal, descubrí que un metro cuadrado no mide lo mismo en todas partes. En el campo o un pueblito, el metro cuadrado es invitación, horizonte ante los ojos. En el sistema de transporte colectivo Metro, un metro cuadrado es territorio comanche.

Tal vez fue Fernando Savater quien declaró que entre más vacía está la persona más satisfactores materiales necesita, y que las vacaciones o la búsqueda de la alegría a toda costa se vuelven el paliativo para intentar llenar socavones.

Me acuerdo de la séptima tesis de Wittgenstein en el *Tractatus logico-philosophicus*: todo lo que puede ser dicho, puede decirse claramente; de lo que no se sabe, mejor no hablar. Políticos y periodistas lo ignoran u olvidaron.

Variante de la séptima tesis de Wittgenstein: todo lo que puede ser dicho, puede decirse claramente; de lo que no se sabe, primero indagar, luego escuchar, al final hablar… solo si es preciso.

Me acuerdo siempre de que la sociedad democrática la forman ciudadanos, no súbditos, menos clientes.

A veces me canso. No soy el único, ni digo nada extraordinario. Facundo Cabral se cansaba, a veces, de ser un ciudadano, de la familia, la policía, la economía. Me pasa lo mismo. Quiero ser nada y abandonar responsabilidades. Pienso, sufro, me cuesta dormir, pero al fin puedo fugarme y a la mañana siguiente pasa. Vuelvo, renazco, y alguna ilusión fulmina el desaliento para sembrarme florecitas de esperanza.

Me acuerdo de Nelson Mandela cuando escribió: *no hay nada como volver a un lugar que sigue igual y descubrir cuánto ha cambiado uno.* Quesería cambió un poquito, aunque sustancialmente sigue siendo igual. Cuando lo

camino de nuevo descubro cuánto cambié, para bien y para mal; cuánto cambiamos. Viví intensamente. Confieso que viví.

Contenido

Lecciones de mi madre.....9
Allí donde todo comenzó.....13
Las escuelas.....23
De lecturas, libros y autores.....33
El aprendizaje de la escritura.....37
La UNAM. Punto y aparte.....45
Pequeño homenaje al maestro *Goyo*.....49
Pedagogía y maestros.....53
Pausa argentina.....61
Ciudadano cero.....67

Elogios de lo cotidiano fue impreso en Sericolor Diseñadores e Impresores, S.A. de C.V., Ma. Refugio Morales 583, Col. El Porvenir, Colima, Colima, México, en noviembre de 2018, el tiraje consta de 500 ejemplares sobre papel bond ahuesado de 90 g para interiores y cartulina sulfatada de 12 puntos para la portada.

Gil Garea

Pintor. Nació en el Distrito Federal en 1954. En los años setenta emigró a Colima, donde actualmente reside. Formó parte del Taller de Experimentación Gráfica del Centro de Investigación y Experimentación Plástica del Instituto Nacional de Bellas Artes. Conquistó el primer lugar del concurso de cartel taurino *Pinturerías*, de la Fundación Cultural Televisa. Obtuvo menciones honoríficas en la segunda y cuarta Bienal de Pintura Rufino Tamayo. Su obra puede apreciarse en la Pinacoteca Universitaria Alfonso Michel de la Universidad de Colima y en varios museos de Jalisco, Oaxaca, Colima y Ciudad de México.

El libro más personal del autor, inspirado por el escritor francés Georges Perec, mezcla apuntes pedagógicos, diario, trazos biográficos, cartas, microensayos y relatos brevísimos.

Elogios de lo cotidiano recoge los "me acuerdo" de Juan Carlos Yáñez Velazco, desempolvados del baúl de su memoria. Es probable, también, que sean solo delirios de la larga y cálida noche que los parió en mayo de 2018.

PUERTABIERTA
EDITORES